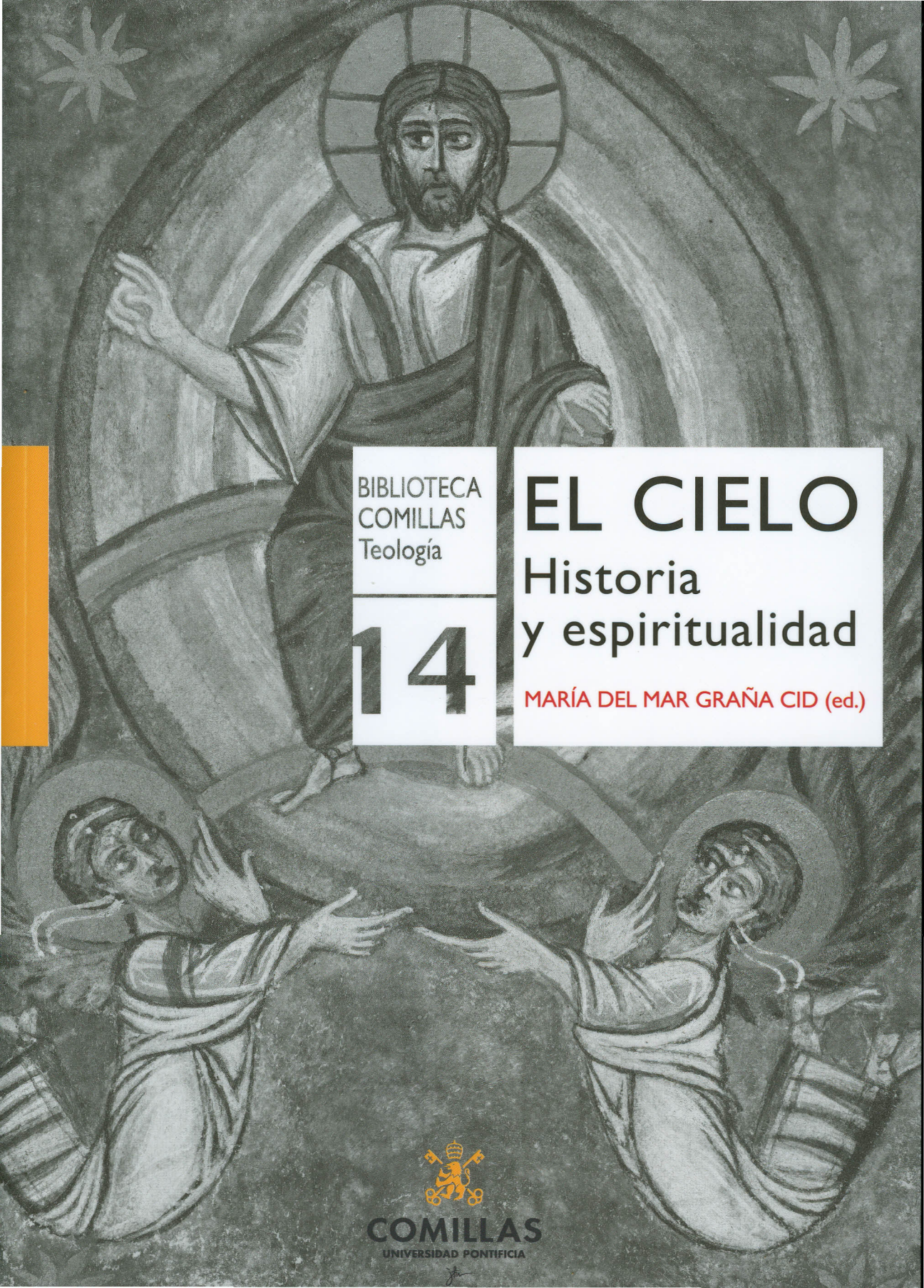

BIBLIOTECA COMILLAS
Teología

14

EL CIELO
Historia y espiritualidad

MARÍA DEL MAR GRAÑA CID (ed.)

COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

BIBLIOTECA
COMILLAS
Teología

14

PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD
PONTIFICIA COMILLAS

PEDIDOS:
Servicio de Publicaciones
c/ Universidad Comillas, 3
Tel.: 91 734 39 50 - Fax: 91 734 45 70
c.e.: edit@pub.upcomillas.es

María del Mar Graña Cid (ed.)

EL CIELO

HISTORIA Y ESPIRITUALIDAD

COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

2018

EL CIELO EN LA PREDICACIÓN Y EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL DE SAN JUAN DE ÁVILA

MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ CORDERO

Facultad de Teología
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

RESUMEN: La predicación y el acompañamiento espiritual fueron dos de las actividades más importantes en el ministerio pastoral de Juan de Ávila. Este trabajo estudia la presencia de la temática del cielo en ambos y muestra que no se trata de un elemento marginal: está conectado con la centralidad del misterio cristiano. Cristo es el que descendió del cielo y ascendió a él; es el pan vivo bajado del cielo. Incorporados a él, nosotros recibimos el cielo como herencia. Entrar en el cielo es entrar en el gozo del Señor y alcanzar la experiencia de la caridad perfecta: Ávila reflexiona sobre este gozo y esta caridad para orientar la vida y animar la esperanza de los cristianos.

PALABAS CLAVE: acompañamiento espiritual, caridad, cielo, esperanza cristiana, eucaristía, juan de ávila, muerte, predicación.

HEAVEN ON PREACHING AND SPIRITUAL ACCOMPANIMENT OF SAN JUAN DE ÁVILA

ABSTRACT: Preaching and spiritual accompaniment were two of the most important activities in the pastoral ministry of Juan de Avila. This paper studies the presence of the heaven theme in both of them and shows that it is not a marginal element: it is connected to the centrality of the Christian mystery. Christ is the one who descended from heaven and ascended to it; he is the living bread that came down from heaven. Incorporated into him, we receive heaven as a heritance. Entering heaven is entering the joy of the Lord and reach the experience of perfect charity:

Avila reflects on this joy and charity to guide the life and encourage the hope of Christians.

KEY WORDS: charity, christian hope, death, eucharist, heaven, juan de avila, preaching, spiritual accompaniment.

Juan de Ávila (1499/1500?–1569) pertenece a la primera generación del siglo XVI[1]. Nacido en Almodóvar del Campo en el seno de una familia de origen judeoconverso, formado en leyes en la Universidad de Salamanca y en teología en la de Alcalá de Henares, desarrolló su actividad pastoral sobre todo en Andalucía, y fue uno de los principales representantes de las corrientes reformadoras anteriores a Trento.

Su espiritualidad se configuró en torno al misterio pascual –la centralidad de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, el beneficio de nuestra redención–, con una clara tonalidad martirial a raíz del proceso abierto contra él en 1531 por denuncias surgidas en Écija, que le llevaron a la cárcel inquisitorial de Sevilla en 1532-1533; fue absuelto con advertencias de que se moderase en el hablar. Su tratado espiritual más conocido, el *Audi, filia,* publicado en Alcalá de Henares en 1556, fue incluido en el *Catálogo de libros prohibidos* del Inquisidor General Fernando de Valdés en 1559; trabajó en corregirlo, pero no llegó a conocer la edición que sus discípulos lograron imprimir, con las aprobaciones necesarias, en 1574. No obstante estas dificultades, desplegó una amplia y polifacética actividad en su ministerio: fue predicador itinerante primero en la diócesis de Sevilla, a donde había acudido con intención de embarcar para las Indias –proyecto que le fue impedido–; vinculado a la diócesis de Córdoba tras su salida de la cárcel, fue de nuevo itinerante por Andalucía y parte de Extremadura hasta que las enfermedades y el clima de persecución hacia sus principales discípulos le llevaron a retirarse a Montilla, protegido por la marquesa de Priego, doña Catalina Fernández de Córdoba, hacia 1554; allí permaneció hasta su muerte, manteniendo una importante actividad como consejero, acompañante y maestro espiritual para muchas personas de toda clase y condición.

[1] La biografía clásica es la de Luis Sala Balust, Francisco Martín Hernández, "Estudio biográfico", en San Juan de Ávila, *Obras completas* (Madrid, 2000), 1: 5-373. Baldomero Jiménez Duque, *El Maestro Juan de Ávila* (Madrid, 1988); Francisco Martín Hernández, *El santo Maestro y Doctor Juan de Ávila* (Valencia, 2012); Mª Encarnación González Rodríguez, ed., *San Juan de Ávila, Doctor. Magisterio vivo* (Madrid, 2013); María Dolores Rincón González, Raúl Manchón Gómez, eds., *El Maestro Juan de Ávila (1500?-1569). Un exponente del humanismo reformista* (Madrid, 2014); Mª Jesús Fernández Cordero, *Juan de Ávila (1499?-1569). Tiempo, vida y espiritualidad* (Madrid, 2017).

En torno a él se formó lo que se ha llamado la "escuela sacerdotal" avilista: un grupo de discípulos, buena parte de ellos de origen judeoconverso, que aprendieron de él a ejercer el ministerio en una línea renovada y se vincularon a él de modo no institucional sino, más bien, carismático. Su visión de la reforma de la Iglesia y del clero quedó plasmada en dos *memoriales al concilio de Trento* que envió al arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, en las *Advertencias al concilio de Toledo* para el obispo de Córdoba don Cristóbal de Rojas y Sandoval, y en sus cartas a sacerdotes y predicadores en que respondía a peticiones de consejo o acompañamiento espiritual. A esta inquietud de reforma, no solo de la Iglesia, sino también de la sociedad, se debió su actividad como fundador de colegios y centros de enseñanza, siendo el más destacado la Universidad de Baeza, en cuyos orígenes sus discípulos tuvieron un papel muy relevante. Su actividad como director o guía espiritual, con un singular don de discernimiento, tuvo su reflejo en lo que nos ha quedado de su *Epistolario*, una verdadera joya y testimonio de este ministerio, en el que muchas cartas pueden considerarse pequeños tratados espirituales.

Su espiritualidad sacerdotal y paulina impregna todos sus escritos[2]: el *Audi, filia,* el *Tratado del amor de Dios,* el *Tratado sobre el sacerdocio,* pero también sus sermones, sus memoriales, sus cartas y, en definitiva, toda su actividad pastoral. Contemplaba a Jesucristo como sacerdote desde la encarnación hasta la ascensión, viendo en su entrega en la cruz el sacrificio por el cual la humanidad –incorporada a él– quedaba santificada:

> "...Y, porque ninguno sin él [sin pecado] estaba, no tenía este gran sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a sí mismo, haciéndose hostia el que es sacerdote, y ofreciéndose a sí mismo limpio, por limpiar los sucios; el justo, por justificar los pecadores; el amado y agradado, porque fuesen amados y recebidos a gracia los que por sí eran desamados y desagradados. Y valió tanto este sacrificio, así por él como por quien le ofrecía, que todo era uno, que los que estábamos apartados de Dios, *como ovejas perdidas* (1 Pe 2,25), fuimos traídos, lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos algo digno, mas encorporados en este pastor, siendo ataviados con sus riquezas y rociados con su sangre, somos mirados de Dios por su Cristo"[3].

[2] Cito por San Juan de Ávila, *Obras completas* (Introducción, edición y notas de L. Sala Balust y F. Martín Hernández) (Madrid, 2000-2003), 4 vols. En adelante: OC.

[3] *Audi, filia [I]. Avisos y reglas cristianas para los que desean servir a Dios, aprovechando en el camino espiritual. Compuestas por el Maestro Ávila sobre aquel verso de David: "Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam".* Es la primera edición de la obra (1556): en adelante: 1 AF, en OC, I: 405-532; se indica la parte de la obra –como las establecen los editores– en números romanos, el número y la página. La cita: 1 AF III, n.56, 503.

Pues, bien, ¿qué interés puede tener, en el conjunto de estudios que aquí se presentan, acercarnos al tema del cielo en Juan de Ávila? A mi modo de ver, el hecho de descubrir la presencia de esta temática en dos de los aspectos más relevantes de su actividad apostólica, la predicación y el acompañamiento espiritual, nos permitirá percibir que no se trata de un elemento marginal o complementario de la predicación y de la experiencia cristianas sino, bien al contrario, su conexión con la centralidad del misterio cristiano le otorga un lugar por el que es posible contrastar la experiencia misma del cristianismo.

Nos hallamos, en efecto, ante un predicador que es reconocido como un verdadero guía y maestro de la renovación del ministerio de la palabra; pertenece a la etapa de las realizaciones más carismáticas, espontáneas y libres del mismo[4], y fue capaz de transmitir, también carismáticamente, una verdadera teología y espiritualidad de la predicación. Estudiar cómo aparece el tema del cielo en este ámbito significa descubrir cómo está presente de una manera absolutamente integrada en la transmisión del evangelio, de la buena nueva: no como un elemento aparte ni como un añadido para cuando se piensa en el más allá de la muerte, sino formando parte esencial del mensaje cristiano.

De igual modo, encontramos esta temática en sus cartas, un género de escritura que suponía para él la posibilidad de prolongar el acompañamiento espiritual más allá de los encuentros presenciales[5]; pueden considerarse también una forma personalizada de anuncio del evangelio, por cuanto tratan de orientar a los destinatarios en la relación con Dios, el cumplimiento de su voluntad y el crecimiento espiritual. Aquí, el cielo emerge ante todo como fundamento y contenido de la esperanza cristiana; es capaz de proyectar luz sobre la vida presente, tanto para superar las dificultades como para orientar los pasos del cristiano.

---

[4] Esta primera etapa, que supuso la recuperación del sentido teológico y pastoral de la predicación y se caracterizó por el cristocentrismo y la búsqueda de la conversión, llegaría hasta los años 1558-1559 –descubrimiento de focos protestantes en la Península, *Índice* de Valdés–, punto de inflexión a partir del cual se impuso una actitud defensiva, denunciadora de peligros, preocupada por la herejía; la predicación se hizo entonces "prudente", moralizante y conformista. Sobre esta evolución, Antonio Cañizares Llovera, "La predicación española en el siglo XVI", en *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España* (Salamanca, 1977), 6: 189-266. Desde el punto de vista de la oratoria sagrada, las grandes figuras de esta primera etapa supieron producir verdaderas obras de arte sin proponérselo, siendo su intención alimentar la vida espiritual de los fieles; solo en un segundo momento se tomaría conciencia de la dimensión artística de las piezas oratorias. La periodización desde esta perspectiva la estableció Miguel Herrero García, *Sermonario clásico. Con un ensayo sobre la Oratoria Sagrada* (Madrid-Buenos Aires, 1942).

[5] Francisco Martín Hernández, "San Juan de Ávila, guía espiritual a través de sus cartas", en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional, Madrid, 27-30 noviembre 2000* (Madrid, 2002) [en adelante: *Congreso 2000*], 711-728.

1. La predicación sobre el cielo: una predicación cristocéntrica

La predicación de Juan de Ávila es eminentemente bíblica y litúrgica, con una rica variedad de registros y capacidad de adaptación a los oyentes[6]. El "cielo" aparece en muchos de sus sermones, de modo disperso, pero en algunos de ellos adquiere un protagonismo importante.

El *Sermón 18*, predicado en un *jueves de la Ascensión del Señor*[7], nos permite percibir la dimensión cristológica de la realidad que se designa con el símbolo del cielo. El "tema" escogido, es decir, el versículo bíblico que, según el método de la época, encabezaba y regía el contenido del sermón, fue Ef 4,8: *"Ascendens Christus in altum captivam duxit captivitatem"*. Ávila lo utilizó para hacer una amplia inclusión, iniciando su prédica con una reflexión sobre la primera parte del versículo, el significado de la ascensión *in altum*, "al cielo", y terminándola con una exhortación a pedir fuerzas a Dios y confiar en su gracia: "Dile: Señor, vos me mandáis serviros, vos *lleváis cativa la cativiдad*"[8]. Al plantear cuáles deben ser nuestros sentimientos ante este misterio, "qué hemos de sentir de esta subida"[9], el cielo aparece completamente referido a Cristo: señala su origen y su destino. En efecto, el texto de Ef 4 decía también: *"El que descendió, este es el que subía"* (cf. v.10); por tanto, nos hallamos ante un símbolo que ayuda a expresar la identidad misma de Jesucristo: "Descender del cielo es hacerse hombre; subir hoy al cielo es llevar allá su santísima humanidad, con grande alegría y gloria"[10]. Encarnación y glorificación se dicen como un *descender* o *abajarse* y un *subir* y *entrar en el cielo* respectivamente de quien, en este movimiento, ha unido divinidad y humanidad y ha elevado a esta a la gloria de aquella.

También en los sermones sobre la eucaristía emerge la temática del cielo estrechamente unida a este misterio. Así, en el *Sermón 55*[11], predicado *en la infraoctava del Corpus*, el versículo escogido fue Jn 6,59: *"Hic est panis qui de cælo descendit"*. En el sacramento nos alimentamos del *Pan bajado del cielo,* un "Pan *vivo*, porque da vida; pan *vivo* porque él vive y es la misma Vida"[12]. Las palabras de Jesús en el evangelio de Juan son palabras de "Dios

---

[6] Juan José Gallego Palomero, "La predicación en San Juan de Ávila", en *Congreso 2000,* 799-849; Saturnino López Santidrián, *Juan de Ávila. Predicador de Cristo* (Valencia, 2000).

[7] OC III, 228-241.

[8] *Sermón 18,* n.26, OC III, 241.

[9] Íd., n.2, 228.

[10] Íd., n.3, 229.

[11] OC III, 715-747.

[12] Íd., n.1, 715.

humanado [...] hablando de sí mismo"[13]. El descenso del cielo, cuyo alcance soteriológico reconoce la Iglesia en el credo y la liturgia[14], guarda analogía con el movimiento por el cual, en la consagración, "*desciende* el Señor a la hostia". Encarnación y eucaristía tienen entre sí una semejanza que se expresa mediante este movimiento descendente. Ávila se esfuerza en mostrar que no se trata de coordenadas espaciales, sino del misterio que une la alteza de Dios con la bajeza de la criatura, de tal modo que "allí [en la encarnación] se abaja Dios a ser hombre, y aquí [en la eucaristía] Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres"[15]. El Pan que vino del cielo es un pan *celestial:* es Jesucristo, y, "comiéndole nos convierte en sí mismo, y de hombres terrenales nos hace hombres celestiales"[16]. Aludía así al proceso de cristificación y divinización del hombre. En coherencia con el conjunto de la obra avilista, la fe es afirmada como la clave fundamental para acceder a esta transformación:

> "Los infieles no creen que en esta mesa está Jesucristo; y los malos cristianos, aunque lo creen, no atienden, o por ventura no creen a la virtud y riquezas que este pan celestial comunica a quien lo recibe. Conocen a Él en él, mas no conocen su virtud ni sus efectos poderosísimos para tener una ánima en pie y darle vitoria contra sus enemigos. [...]. Si creéis que *vino del cielo,* ¿por qué no creéis que tiene virtud para hacer a los hombres de la tierra que tengan costumbres del cielo? Si, conforme al manjar que uno come, tales humores engendra, ¿manjar limpio, por qué no hará limpios; y santo, santos; y celestial, celestiales?"[17].

El término "celestial", que se aplica al manjar, Cristo mismo *–pan celestial–*, acaba calificando al cristiano, siempre que crea de verdad, y no de modo meramente formal, intelectual o externo, en la presencia del Señor y en la virtud –poder, eficacia– de este alimento. Hay una comunicación de la santidad de Dios en la eucaristía que se realiza en la mediación del Hijo y que capacita al hombre para vivir la vida de Dios, para convertirse, él también, en un ser *celestial*: la humanidad glorificada por la comunión con Cristo.

Si el cielo es un símbolo que nos ayuda a identificar a Jesucristo señalando su origen y su destino, apunta también al destino último de quienes son incorporados a él. Así lo afirmaba Ávila al final del *Tratado del amor de Dios*:

[13] Íd., n.9, 718.

[14] Ávila insertaba la fórmula del *Símbolo niceno-constantinopolitano*: "Todos te debemos alabanzas y gracias, Señor, porque *por nosotros, hombres, y por nuestra salud, descendiste del cielo*, y haciéndote hombre en el virginal vientre, saliste de allí y conversaste familiarmente con los hombres (cf. Bar 3,38), y gozaron de tu presencia, habla y milagros, y acabaste la obra de nuestro remedio". Íd., n.12, 719.

[15] Íd., n.13, 720.

[16] Íd., n.34, 730.

[17] Íd., n.27, 727.

> "Si con Él estuvieres de esta manera unido cree cierto que lo que de Él fuere será de ti, lo que fuere del Padre será de los hijos, lo que fuere de la Cabeza será de los miembros"[18].

Esto cobraba especial relieve al predicar *en la fiesta de Todos los Santos*[19], "todos los que están en el cielo, todos los que están en gracia". La Iglesia en este día "nos representa lo que cantan los santos hoy en el cielo", celebra "la misericordia de Dios con los que Él quiso llevar a gozar para siempre de Él" y nos da esperanza de que también usará de esta misericordia con nosotros "entrando allá"[20]. Las imágenes con las que describe aquí lo que es el cielo son todas de fundamento bíblico, basadas en las bienaventuranzas y en el Apocalipsis, como veremos.

Se puede percibir claramente en su predicación que Juan de Ávila habla del cielo porque anuncia a Jesucristo. El anuncio del cielo forma parte del anuncio de Jesucristo.

2. El cielo en el acompañamiento espiritual: la esperanza cristiana

Estos contenidos aparecen de un modo diferente en el acompañamiento espiritual, pero es el mismo mensaje. La diferencia está en que las cartas conectan, no con un auditorio colectivo, sino con las situaciones particulares de las personas, con sus necesidades de discernimiento y esperanza; tampoco hay que perder de vista que muchas de estas cartas, o al menos las más destacadas, pudieron ser leídas en grupo y, de hecho, circularon en los ambientes avilistas, e incluso más allá de ellos, como breves tratados espirituales apreciados por su doctrina.

En la *Carta 44,* dirigida *A una señora afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales*[21], Ávila trataba de corregir la tendencia de su destinataria a considerarse siempre en falta con el Señor, a "parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea"; es decir, a la culpabilidad, los escrúpulos y la desconfianza de su salvación. El Maestro le descubría que esto provenía de no llegar a comprender "qué bien es nuestro Señor Jesucristo". "No hay

[18] *Tratado del amor de Dios,* n.13, OC I, 973. Está hablando de Jesucristo; la palabra "Padre" no se refiere aquí a la primera persona de la Trinidad, sino a Cristo en cuanto nos hace nacer a la vida eterna; hay que recordar que Ávila gustaba de aplicar a Jesús el título de *Pater futuri saeculi,* de Is 9,6, precisamente en ese sentido; así en la *Carta 1,* OC IV, 5.

[19] *Sermón 79,* OC III, 1063-1072.

[20] Íd., n.3, 1064.

[21] *Carta 44,* OC IV, 225-233; la destinataria se ha identificado como doña Leonor de Inestrosa, una de las primeras discípulas del Maestro en Écija.

ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar"[22]. La carta se centra en cómo ha de ser el verdadero conocimiento propio, pues la desconfianza "nace de mirar el hombre a sí mismo a solas"[23]; es necesario, "con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor", pues la confianza del cristiano "no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo"[24]. Pues bien, en esta carta, el cielo significa la salvación: es *"herencia"* de hijos, y *no "jornal"* que se da por el trabajo; por tanto, nuestra vida ha de estar animada e impulsada no por el interés del jornalero, sino por el amor del hijo. Ávila, que fue siempre exigente en el camino de la santidad, no dudaba en decir a quienes se sentían abatidos por sus faltas:

> "Y pues este negocio es entre padres e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre, luego le han de desheredar. Porque, según hemos dicho, esta herencia, y este consuelo y confianza para la alcanzar, no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras. [...] Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que, por los merecimientos de Jesucristo, su Hijo, nos quiere salvar"[25].

El cielo es *la herencia de los hijos*. Ávila insistía: "Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo y alabe la gracia que en su Hijo le dio [...]. Y no piense que, aunque sea hija imperfecta, le han de negar la herencia del cielo"[26]. Como hacía con frecuencia en sus cartas, insertó aquí una oración a Jesús, de tal modo que orientaba la mirada de la lectora hacia su pasión en Jerusalén y el monte Calvario: "allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo"[27]. Por tanto, el bien que otorga esta herencia es *la compañía de Dios.* Por eso terminaba exhortando a confiar

> "...que nos hará merced de nos guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mesmo Dios"[28].

---

22 Íd., 225.
23 Íd., 226.
24 Íd., 227.
25 Íd., 228.
26 Id.
27 Íd., 231.
28 Íd., 233.

Dios mismo es en quien espera y lo que espera el cristiano. Y puesto que Él es el bien verdadero, estamos llamados a apreciarlo por encima de cualquier realidad creatural.

La espiritualidad avilista buscaba fortalecer la fe frente a toda adversidad, con un espíritu que podemos llamar martirial y que se apoyaba en la correspondencia al amor de Cristo crucificado y en el ejemplo de San Pablo. Así, a un predicador que sufría una persecución, le exhortaba diciendo: "No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por Él [...] Amado fue en cruz, ame en cruz. [...] ¿Qué mayor honra, padre mío, que padecer por Cristo!"[29]. La honra, los bienes y la vida constituyen para Ávila una tríada que expresa lo que el hombre ha de estar dispuesto a dejar por Dios; una tríada que contenía una potencialidad de transformación social muy importante y no siempre suficientemente puesta de relieve.

Sería malinterpretar el mensaje avilista entender el sufrimiento en esta vida como un requisito o una exigencia de Dios para entrar en el cielo. Más bien, la esperanza del cielo –de gozar de la compañía de Dios mismo– da sentido y fuerza para sobrellevar las dificultades de la vida, las cuales se convierten en *camino del cielo* si son vividas como medios para corresponder al amor que Jesús nos tuvo en la cruz y asemejarnos a él:

> "Pues si bien miramos qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos, mientras más fuéremos trabajados, más conformes, más cercanos a Cristo; y por eso más ciertos de serlo en el cielo, adonde *limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos* (cf. Ap 7,17), adonde nos recebirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo que el otro que saliere sin herida"[30].

Estas palabras dirigidas a sus discípulos son exhortaciones, no a la resignación, sino a la fortaleza y la resistencia frente a las presiones del mundo –piénsese, por ejemplo, en las cuestiones de honra y linaje, o en las persecuciones padecidas por los de origen converso–; exhortaciones a la fidelidad a Jesucristo y la confianza en él:

> "...no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar y decir al Señor: "Esta es tu hora". [...] Así que, hermanos, no pensemos que la victoria en esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas a solas; Cristo nos pone en ella, y Él quiere la gloria de la victoria; Él peleará por nosotros y con nosotros. No desmayemos, *y veremos el favor del cielo ser con nosotros*"[31].

---

29 *Carta 2. A un religioso predicador,* OC IV, 18-19.
30 *Carta 81. A unos amigos atribulados,* OC IV, 342-343.
31 Íd., 341.

La esperanza del cielo, por tanto, es capaz de sostener la fidelidad del cristiano en tiempos de persecución. Y es la luz que ha de guiar sus opciones. En una singular carta *para la villa de Utrera*[32], en la que Ávila actuó como una especie de mediador en un conflicto social cuyos detalles no conocemos, encontramos que la exhortación final a cultivar la unidad, el amor y la paz, en indudable estilo paulino, tiene este horizonte:

> "sembrad, no en carne, porque de ella no sacaréis sino muerte, mas en espíritu que da vida: *Mientras tiempo tenemos, obremos bien a todos* (Gál 6,10), aprovechemos a todos; ninguna oportunidad para bien hacer dejéis pasar sin ponerla por obra. Para esto es la vida presente, para ganar la otra. No hagamos del camino fin; en el cielo esperad vuestro bien; acá poneos a lo que Dios quisiere, que es trabajar. Consolaos con la buena esperanza que Cristo nos dio de su reino. Mirad por los enfermos, y recreadlos; por los hambrientos y necesitados, y ayudadles; dad tierra, y daros han cielo"[33].

Cuando Ávila enseñaba a *esperar nuestro bien en el cielo* estaba animando a actuar el bien desde la gratuidad, no esperar recompensas en esta vida y no tomar por definitivo lo que es transitorio. Esta misma exhortación es una buena muestra de cómo la herencia del cielo, que nos ha sido alcanzada por Cristo por pura gracia, cuenta también con nuestro obrar: siendo siempre *herencia* y nunca *jornal*, pide, eso sí, vida y comportamiento de hijos. Es muestra, igualmente, de cómo la esperanza del cielo no conlleva descompromiso con las realidades sociales, con las necesidades de este mundo, sino al contrario, impulsa a hacer el bien mientras es tiempo.

3. Entrar en el cielo

Puesto que, como hemos visto, el anuncio del cielo forma parte del anuncio de Jesucristo, Ávila acogía pastoralmente las preguntas sencillas de la gente; con un estilo dialogal que le es típico, se hacía eco de ellas: "-Padre, ¿qué cosa es el cielo? ¿Qué hay allá?"[34]. A esto respondía de diversos modos a lo largo de sus sermones y escritos. Mientras buena parte de la predicación posterior derivará hacia un imaginario más o menos fantástico, Ávila se mantendrá en una línea *bíblica* y *tradicional* para transmitir un contenido profundamente teológico de lo que es el cielo.

La referencia esencial para comprender qué es "subir al cielo" y "entrar" en él es el misterio de la ascensión de Cristo. Los textos joánicos con los que

[32] *Carta 86,* OC IV, 366-371.
[33] Íd., 370-371.
[34] *Sermón 18,* n.6, OC III, 230.

Ávila iniciaba su sermón en esta fiesta, insertados y romanceados de memoria, nos ofrecen las claves principales: *"voy al que me envió y por esto que os he dicho estáis tristes"* (cf. Jn 16,5-6); *"Si me amásedes, gozaros híades porque me voy al Padre"* (cf. Jn 14,28); *"Decid a mis hermanos que subo al Padre mío y al Padre vuestro, al Dios mío y al Dios vuestro"* (cf. Jn 20,17). A partir de estas citas y de la afirmación de que Jesús, según su humanidad, es menor que el Padre *–Pater maior me est* (Jn 14,28)–, reflexionaba sobre los movimientos descendente y ascendente de Cristo: el primero suponía recibir un mandamiento del Padre, una misión, y poder merecer como hombre –con un merecimiento infinito por su divinidad–, mientras que el segundo implicaba subir al Padre, entrar en su presencia, ofrecerle el cumplimiento de la misión:

> "Piense cada uno según su devoción, y más aquel entrar en el cielo, aquel hincar las rodillas en cuanto hombre delante del Padre, aquella cuenta que dio de la obra que le era encomendada, aquel decir: *Padre, acabado he la obra que me diste para que la hiciese; manifestado he tu nombre a los hombres que me distes,* etc. (cf. Jn 17,4.6). Cosa es por cierto muy para considerar y para imitar. ¡Bienaventurado el hombre que pudiere imitar en alguna partecica a su Redemptor!"[35].

Subir al cielo, pues, es entrar ante el Padre y rendirle el cumplimiento de lo que nos ha encomendado. Ávila gustaba de repetir como una promesa las palabras que el siervo fiel podrá escuchar según Mt 25, 23: *"Alégrate, siervo de Dios,* dice Dios, *que has sido fiel; entra en el gozo de tu Señor".* Y explicaba que se trataba de *entrar* "a gozar de lo que goza él, a vivir de lo que vive él, a ser un espíritu con él y a ser Dios por participación"[36].

Subimos al cielo incorporados a Cristo, por él, con él y en él; aceptando su mediación:

> *"Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene al Padre sino por mí* (Jn 14,6). Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo, su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay si Él no; porque, aunque los santos lo sean, sonlo por Él"[37].

4. *Entra en el gozo de tu Señor:* Dios mismo como don del cielo

En el *Sermón de Todos los Santos,* Ávila se guió por *las bienaventuranzas* para expresar lo que es el cielo. Lo introducía con estas palabras: "Un alabar a

[35] Íd., n.3, 229.
[36] Íd., n.10, 233.
[37] *Sermón 34,* n.6, OC III, 419.

Dios para siempre desde que entraron [los santos] en el cielo; un ser sin falta, un descanso sin trabajo, un gozo sin pesar, una vida sin muerte, un deleite no sucio"[38]. Y recorrió el texto de Mt 5 para explicar "lo que Dios tiene en el cielo"[39]:

- Es *el reino de los cielos* para los pobres de espíritu, donde han de reinar para siempre.
- Es *la tierra* que poseerán los humildes: y se llama así el cielo porque es "un bien que será firme como la tierra: que así como no se mueve, ansí ellos no la perderán".
- Es *ver a Dios* para los limpios de corazón: "ver a Dios como Él es y gozar de Dios".
- Es *misericordia* para los misericordiosos, "que excede toda misericordia".
- *Consolación* para los que fueron desconsolados en esta vida; recogía estas palabras de San Bernardo: "Bienaventuradas lágrimas que han de limpiar las manos de Dios"[40]. Y se imaginaba: "¡Qué regalos, qué ánimos, qué acallamientos, qué arrullos hará Dios!"; recordaba la imagen materna de Dios en Is 66, 12-14.
- Y añadía a este elenco la *corona* que Dios otorga al que vence, según Ap 2,10 y el *maná escondido* de Ap 2,17.

De entre las imágenes bíblicas que Ávila empleó, la preferida por él fue la del *banquete*, en el cual el *manjar* es el mismo Dios; iba asociada al *gozo de Dios*. Su fundamento, mencionado en el *Sermón de la Ascensión*, era el pasaje de Lc 22,28-30, la promesa de Jesús de que sus discípulos comerán y beberán a su mesa en su reino. Se preguntaba entonces qué quería decir que "hemos de comer y beber de lo mismo que Dios come y bebe". Apuntaba, en primer lugar, a una comunidad de vida: el manjar, la bebida, el descanso, los regocijos y los gozos, serán los mismos para Dios y para sus comensales[41]. Entonces, había que hacerse la pregunta: "¿Qué come Dios, qué es lo que bebe?". La respuesta era esta:

> "¿Sabéis qué? Mirarse, conocerse y amarse. Estos son sus placeres, estos son sus pasatiempos: conocerse todo Dios, y amarse y gozarse del bien que tiene, sin lo poder perder. Pues, si el comer de Dios es conocerse Dios y amarse, y

[38] *Sermón 79*, n.12, 1068.

[39] Para lo que sigue, Íd., n.12-15, 1068-1070.

[40] Ávila cita de memoria. El trasfondo bíblico es la promesa de Is 25,8 y Ap 7,17. Los editores de las OC remiten a San Bernardo, *In Cant.*, Serm 37,2. Se trata de un sermón sobre el conocimiento propio, con referencia a las lágrimas de conversión.

[41] *Sermón 18,* n.7, OC III, 231.

> nosotros lo hemos de conocer y amar, ¡sea tu nombre bendito, que a tanto llegó tu bondad que quieres que nuestra gloria no consista principalmente en cosa criada, ni aun en gozar de la humanidad de Jesucristo, sino en ver aquel Dios desnudo, en ver aquella cara llena de gracias, en ver aquella hermosura infinita que, cuando enhorabuena estemos allá, quitará el velo delante de sí para que lo veamos presente, no por alguna especie criada, sino por sí mismo!"[42].

En otra ocasión decía:

> "¿Qué es el manjar que come Dios? Verse a sí y conocerse a sí; y esta es la gloria suya y su gozo. Pues esto han de tener los santos; luego han de comer de su mismo manjar; y oyen su música, que es ver aquella bendita esencia, simplicísima y en concordancia con tres personas. Ver tantas perfecciones y una misma cosa, esta es la música que han de oír sus orejas y gozarse en su gozo donde está. *Intra in gaudium Domini tui. Siervo fiel, porque te puse sobre pocas cosas y fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25,21). Como si el rey estuviese en su sala y llamase a un esclavito de la cocina y le dijese: 'Ven acá, entra en la sala de tu señor a sentarte a su mesa, y a oír su música, y a gozarte de lo que él se goza; entra en el gozo que se goza tu señor'"[43].

Recordemos que el *manjar* no es solo alimento: es una comida exquisita, un "recreo o deleite que fortalece y da vigor al espíritu"[44]. De ahí esta vinculación que Ávila establece entre el manjar y el gozo. De igual modo la música busca recrear el oído y conmueve la sensibilidad. Conocer, amar, ver a Dios, equivalen al gozo de un banquete preparado por el mismo Dios.

El hecho de que *ver* a Dios se identifique con *comer* y *beber* tiene su fundamento en un versículo que Ávila citó de memoria y que, a su vez, apunta la idea del cielo como cumplimiento de la Alianza: *Viderunt Deum Israel et comederunt et biberunt*[45]. Se trata de unas palabras de Éx 24,10.11, el pasaje en que Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y los setenta ancianos de Israel subieron (*ascenderunt*) al monte Sinaí, en el contexto de ratificación de la Alianza, y vieron a Dios; no perecieron con esta vista, sino que tuvieron vida –comieron y bebieron–. Así, Ávila, que no mencionaba la Alianza de modo explícito –recuérdense sus dificultades y las de sus discípulos por su origen judeoconverso–, aludía veladamente a ella y leía el Nuevo Testamento como

[42] Íd., n.8, 232.

[43] *Sermón 79,* n.13, OC III, 1068-1069.

[44] Acepciones 2 y 3 del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (23ª edición, en línea: http://dle.rae.es/?id=OErwq5c).

[45] *Sermón 18,* n.7, OC III, 231; lo repetía traducido en el n.8, 232: *Vieron al Dios de Israel y comieron y bebieron.*

cumplimiento de las promesas del Antiguo, y este como figura de aquél[46]. Señalemos, además, que en las citas del NT, junto a Mt 25,21 destaca la de Lc 22,28-30, donde la promesa de Jesús a los discípulos de que comerán y beberán a su mesa cuando él reine es una promesa hecha a los que han perseverado con él en sus pruebas (v.28). Es decir, adentrarnos en los fundamentos bíblicos a partir de los cuales Ávila construía sus sermones nos permite descubrir diferentes niveles de lectura –de audición, en el caso de sus sermones– en los que las huellas del origen judeoconverso y las alusiones a las pruebas y persecuciones, a veces veladas y a veces explícitas, nos permiten comprender que estamos ante una predicación que tiene muy en cuenta a los discípulos y oyentes de esta procedencia y sus problemáticas vitales que él compartía.

El acento avilista en la predicación sobre el cielo consistía en mostrar que se trata *del mismo gozo con que se goza Dios*; la invitación *"entra en el gozo de tu Señor"* de Mt 25,21 significaba realmente entrar "a gozar de lo que goza él"[47].

5. El lenguaje que se habla en el cielo: la caridad

En el *Sermón del jueves de la Ascensión,* al desarrollar la imagen del banquete celestial, Ávila trataba de imaginar el amor que se despierta en quienes gozan de la visión de Dios[48]. Intentaba que esta dicha y esta gloria de los bienaventurados fuera apreciada por los oyentes en sí misma, para que no pensasen que el cielo es solo el fin de los sufrimientos de la vida presente. Puesto que el amor es desear el bien del otro, el de los bienaventurados consistía en desearle a Dios mismo infinitos bienes; y al ver que los tiene, y más de los que le podrían desear, su gozo es indescriptible, un gozo proveniente del amor y de la visión de Dios. Ávila percibía que no era fácil entender esto: "Y plega a Dios que por vuestra vida no os parezca poco [la

[46] Los editores de las *Obras completas* no identificaron esta cita, y remitieron a cf. 1Cor 10,3-4: *todos comieron la misma comida espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual,* un pasaje que alude a la travesía de Israel por el desierto, pero que no menciona al *Dios de Israel* ni tiene relación con la *ascensión*.

[47] *Sermón 18,* n.10, OC III, 233.

[48] Íd., n.9-10, 232. Lo hacía a partir de otra cita del AT: *"Dixit Dominus, cuius ignis est in Sion, et caminus eius in Hierusalem* (Is 31,9)*", Oráculo del Señor, que tiene un fuego en Sión y un horno en Jerusalén*; Sión, la atalaya, significaría la Iglesia terrena, donde existe un fuego de amor de Dios; Jerusalén, "visión de paz", se identificaría con la Jerusalén celestial, ya con "un tan grandísimo fuego de amor de aquel Dios", que llega a ser un verdadero horno.

gloria de los bienaventurados]; el que no sabe de amor no entenderá qué cosa es la gloria"[49].

De ahí la importancia de comprender qué es el amor de Dios –en el sentido de amar a Dios–. Ávila, que escribió el *Tratado del amor de Dios* refiriéndose al que Él nos tiene a nosotros, porque "la causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él"[50], hizo también pedagogía de en qué consiste amarle nosotros a Él.

Lo encontramos de una manera singular en la *Carta 26, A una doncella que le preguntó qué cosa era caridad*: "Pedísme en vuestra carta que os escriba qué cosa es caridad, para que guiásedes vuestra vida por ella"[51]. Del texto se desprende que lo que movió a la joven a hacer esta pregunta fue la lectura de 1Cor 13, especialmente la afirmación paulina de que, sin la caridad, "todo vale nada", según parafraseaba el Maestro. Él valoró mucho esta inquietud: "no sé yo qué mayor cosa me pudiérades pedir que esta", pues "quien la guarda dice el mesmo Apóstol que *cumple toda la ley* (Rom 13,8)". Antes de adentrarse en la respuesta, Ávila le señaló el camino de la oración como lugar de búsqueda, pues se trata, en realidad, de un don divino, de una enseñanza del cielo:

> "Ansí que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en aquellos santos apóstoles. Que el verdadero Maestro de este lenguaje no es otro sino Él.
>
> Porque, ¿qué podía decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que verdaderamente lo ejercitan, los bienaventurados, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a nuestro Señor Dios y a todo aquello que Él quiere que amen"[52].

La metáfora del amor-caridad como *el lenguaje que se habla en los cielos* nos recuerda la importancia de los lenguajes en la primera parte del *Audi, filia*; una reflexión inspirada allí en la idea paulina de que la fe viene "mediante el oír" (*fides ex auditu,* Rom 10,17). Ávila comenzaba su tratado explicando que cuando los hombres fueron creados –Adán y Eva–, hablaban "un solo lenguaje espiritual", lo cual significaba la concordia de cada uno consigo mismo,

[49] Íd., n.10, 232. Según esto, nuestras dificultades para comprender qué es el cielo provienen, no tanto de la problemática de construir un imaginario adecuado sobre el cielo, cuanto de las carencias o deficiencias de nuestro amor. No comprendemos qué es el cielo porque no sabemos amar; y, al contrario, todo aquel que sabe un poco de amor puede comenzar a entender qué cosa es el cielo.

[50] *Tratado del amor de Dios,* n.1, OC I, 951.

[51] *Carta 26,* OC IV, 159.

[52] Id.

con los demás y con Dios; este proyecto original fue roto por la soberbia humana, simbolizada en la torre de Babel, cuya consecuencia fue la introducción de lenguajes malos e innumerables, que llenan la vida de confusión y tinieblas: los lenguajes del mundo –mentiras y apariencias–, la carne –regalos y deleites– y el demonio –vanidad, soberbia, desesperación, pensamientos contra Dios–. Esta parte de la obra, que constituía un verdadero tratado de discernimiento espiritual, afirmaba la necesidad de oír "a solo Dios", un oír que es por la fe y abre a la experiencia de la Alianza –nombrada como *sempiterno concierto*–: "que el Señor sea Dios del hombre, y el hombre tenga al Señor por Dios y por Padre"[53].

Pues bien, el cielo suponía alcanzar no solo la audición, sino la visión de Dios y la comensalidad con Él; era mirarle, conocerle y amarle, como Ávila predicaba. Por eso –volviendo a la *Carta 26*–, como todavía peregrino, agudizó la incapacidad de su "lengua terrena" para decir algo del "lenguaje celestial". En realidad, se trataba del contraste entre la situación del hombre caído y la de los bienaventurados, de la diferencia entre el amor propio y la caridad:

> "¿Cómo os podré yo decir del amor que ningún interés ni amor propio tiene, ni mira a otro hito ni fin sino a Dios, habiéndome dejado mi padre Adam todo revuelto hacia mi propio interese y vuelto a que me busque a mí en todo? Mirá qué tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por provecho nuestro e interese, que, aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por el caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre. Plegue a nuestro verdadero Maestro, Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre, cuyo amor lo abajó a este mundo [...], que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis"[54].

Ávila resaltaba aquí su condición de "hijo de Adán", según su costumbre de señalar al pecado incluyéndose a sí mismo dentro de su ámbito y situación. Lo importante es que con ello establecía la antítesis entre el amor propio y la caridad. Puesto que uno pertenece al lenguaje terreno, es propio de los hombres terrenales, y el otro es el lenguaje que se habla en el cielo, este último se convierte en referencia fundamental para la conversión. A los que buscan a Dios, Ávila les diría como a esta doncella: "querría que supiésedes algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera". De esta forma, del cielo aprendemos lo que es el amor, la caridad verdadera. Es preciso

[53] 1 AF I, n.63, OC I, 434-435.
[54] *Carta 26,* OC IV, 159-160.

tenerlo en cuenta en nuestro camino, "porque cuanto más [a] aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto"[55]. La descripción que hacía de este amor es la misma que transmitía en sus sermones: un querer que Dios sea en sí tan bueno y glorioso como es, un gozarse de ver en Él todas las perfecciones. Por tanto, aprender de los santos "el amor del cielo"[56] significaba vivir ya aquí este deseo del bien de Dios, este *querer*; Ávila lo enseñaba así:

> "Habéis, hermana –si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida–, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mesmo; ansí con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que merece en su ser infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura, el cual en sí mesmo es tan lleno de gloria y de bondad, que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno; este ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás que consiste la perfecta caridad"[57].

La caridad –no lo olvidemos– nace del amor que nos tuvo Dios, que conocemos por Jesucristo, "su Hijo benditísimo, nuestro Señor"[58]. La caridad contempla en Dios todas las perfecciones y por eso va unida a la alabanza y al gozo; consiste en querer bien a Dios, en querer para él todo bien –sin mezcla de interés propio– y en reconocer en Él el bien verdadero; es un deseo cumplido[59]; es el amor que se despierta al ver cómo es Dios y, por tanto, alcanza su plenitud y perfección en la visión de Dios en el cielo, como dice en otra carta a sus discípulos:

> "...toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a ti se convierten, sustentador de los que a ti se llegan, glorificador de los que te sirven y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de ti solo eres del todo conocido"[60].

[55] Íd., 160.
[56] Id.
[57] Íd., 162.
[58] *Tratado del amor de Dios,* n.1, OC I, 951.
[59] Íd., 162-163: "[el ánima] como ve en su Dios cumplido lo que allá quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que se sigue al amor del cielo, diciendo el profeta David: *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán* (Sal 83,5)".
[60] *Carta 64,* OC IV, 287.

En el pequeño tratadito sobre la caridad que es la *Carta 26,* Ávila logró entrelazar íntimamente el amor a Dios, el gozo y la alabanza. Puesto que se trata de un "santísimo amor que transforma las ánimas en su Amado", podía fundamentar con la Escritura la invitación a la alegría: "*Alegraos los justos en el Señor* (Sal 96,12). Y San Pablo nos dice: *Gozaos en el Señor. [...] Otra vez os digo que os gocéis.* (Flp 4,4) [...] *Deleitaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéredes* (Sal 36,4)". Y profundizaba en el significado de este gozo *en el Señor:*

> "Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo: *Alégrese mi espíritu en Dios mi salud* (Lc 1,47). Y con este gozo se alegró Cristo cuando dice San Lucas que se alegró Jesús en Espíritu Santo (Lc 10,21). Que *su corazón y carne se alegraron en Dios vivo* (cf. Sal 83,3), lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad –que *corazón* allí, *voluntad* quiere decir– actualmente amando y queriendo que el Señor sea en sí quien es. Y de la gran redundancia, que procede del alegría que esto tiene, se enciende la mesma *carne* en amor del Señor"[61].

Así como el gozo del cielo significa gozar de lo que se goza Dios –*entra en el gozo de tu Señor*–, la alegría del que aún camina en esta vida ha de ser la misma con la que se alegraron María y Jesús, que es esencialmente la misma que se experimenta en el cielo: alegrarse *en Dios*.

De esta realidad beatífica de amor y gozo, que se compara con el "*río caudaloso que alegra la ciudad de Dios* (cf. Sal 45,5)" nace la otra dimensión del amor: de aquí "sale el amor del prójimo en el cielo"; lo explicaba así:

> "Que como todo el deseo y gozo de los santos sea ver a su Dios –amor verdadero suyo– lleno de honra y gloria, de aquí salen con un ferventísimo amor amar, y querer que todos los santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra a Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden. Y porque la causa de amar a los santos sea esta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores santos que de la suya propia, porque ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos. Bien veis, hermanos, cuál lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la invidia que de él nace"[62].

La alegría del santo en el cielo es la alegría por la gloria de los otros, una alegría tanto más grande cuanto mayor es esa gloria del prójimo. Las diversas mansiones del cielo (Jn 14,2), los distintos "grados de gloria en los bienaventurados" son motivo de alegría, pues todos son conformes al querer divino; es una diversidad que "hermosea la ciudad de Dios".

[61] *Carta 26,* OC IV, 162.
[62] Íd., 161.

6. La meditación sobre el cielo

Meditar sobre el cielo ha de formar parte de la oración del cristiano. En el *Audi, filia,* Ávila recomendaba tener dos ratos de oración al día, por la mañana y al anochecer, dedicados a la meditación de la pasión de Cristo y al ejercicio del "propio conocimiento" respectivamente[63]. En la primera, distribuyó la materia por los días de la semana, comenzando el lunes por la oración en el huerto y el prendimiento; al llegar al domingo señalaba: "ya sabéis que es diputado al pensamiento de la resurrección y a la gloria que en el cielo poseen los que allá están, y en esto os habéis de ocupar aquel día"[64]. La temática de la pasión no se separaba de la de la resurrección y la gloria, sino que esta era su culminación y la luz que la llenaba de sentido: significaban la "libertad y descanso" que Jesucristo nos ganó con su entrega[65]. El cielo, la gloria de los santos, la participación de los hombres en la resurrección y gloria, aparecían así insertos en el misterio pascual, como cumbre del movimiento ascendente de Cristo, en el que entramos incorporados a él.

Pero también encontramos esta realidad en la oración de propio conocimiento. Aquí Ávila recomendaba considerar tres cosas. En primer lugar, nuestro *"ser"*, nuestra condición de criaturas, remontándonos al paso del no-ser al ser: "miraos a vos, no como a hechura vuestra, sino como una dádiva de Dios, que os hizo merced de vos a vos"[66]. En segundo lugar, nuestro *"bien ser"*, es decir, el recuerdo constante de la misericordia de Dios, que nos sacó, sin merecimiento nuestro, de las tinieblas a su luz admirable (1Pe 2,9), de modo que no nos atribuyamos a nosotros mismos el bien que en nosotros hay; se trataba de "conocer a Dios por causa de vuestro bien vivir"[67]. Por último, invitaba a considerar nuestro *"bienaventurado ser"*; este párrafo, que desapareció de la segunda edición del *Audi, filia* –póstuma– por su radical acento en la gracia, era una llamada a vivir la absoluta dependencia de Dios: "conoced que estáis colgada de Él y todo vuestro bien depende de su mano bendita". Aquí, el cielo aparecía como el fin deseado, como el destino último, que no podemos pretender alcanzar por nuestras propias fuerzas, sino por la gracia de Dios:

> "Lo cual [la reflexión sobre la eterna predestinación] no se os dice para que cayáis en desmayo y desesperación por ver cuán colgada estáis de las manos de Dios, mas para que tanto con mayor seguridad gocéis de la gracia que Dios os ha dado, y tengáis confianza en la misericordia de Él, que acabará en

[63] 1 AF II, n.18, OC I, 445.
[64] Íd., n.47, 460. Lo mismo recomendaba en sus cartas: *Carta 5,* OC IV, 36.
[65] 1 AF II, n.47, OC I, 460.
[66] Íd., n.37, 453.
[67] Íd., n.39, 454.

> vos lo que ha comenzado, y os hará merced de os llevar al cielo, cuanto con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes prostrada a sus pies, temblando de vuestra parte y confiando de la suya"[68].

Así, la meditación sobre el cielo aparecía en los dos tiempos largos de oración que Ávila recomendaba: en el de la pasión de Cristo, que abarcaba todo el misterio pascual, y en la oración de propio conocimiento, en el que la perspectiva escatológica en una línea de personalización debía inducir al temor humilde y a la confianza en Dios.

Además, la encontramos también como parte de una metodología para entrar en los tiempos de oración o en las celebraciones litúrgicas, particularmente la eucaristía: aquí constituía una referencia para despertar el *sentido de la presencia de Dios*. Empleaba la simbología de la corte celestial, muy común en la época. Así, al sacerdote que se preparaba para la misa, le aconsejaba:

> "Acostumbre a sentir lo que deber ser la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga. Mire a los que están delante los reyes, aunque no digan nada; aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita Grandeza, temblando de su pequeñez y ardiendo en fuego de amor, como arrojados en el horno de él. Haga cuenta que entre él entre aquellos grandes tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y, puesto en tal compañía y presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración. Quiero decir que una cosa es *saber hablar* al Rey, y otra *saber* –aunque callando– *estar delante* del Rey, para estar como se debe estar. Y esta unión de su alma con nuestro Señor es la que ha de tener en la misa, colgado de él [...]"[69].

Por otra parte, hemos señalado cómo la visión de Dios en los bienaventurados va ligada al amor de Dios y al amor del prójimo. Por eso, de la consideración –o meditación– de la gloria se debía seguir un aprendizaje del amor y una experiencia anticipada de la misma. A la destinataria de la *Carta 26* le decía: "Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis cómo no se satisface el ánima si no alaba al Señor". Es decir, el alma experimentaría en sí "el mismo efecto que se sigue al amor del cielo"[70].

Hay, por tanto, que orientar toda la vida a aprender a vivir en "perfecta caridad, la cual no busca interese, sino sola la gloria del Señor". El camino del cielo, que se aprende de los bienaventurados, es un camino de purificación del amor –no de perfección en sentido moral, pues no somos hijos

[68] Íd., n.45, 458.
[69] *Carta 6. A un sacerdote,* OC IV, 42-43.
[70] *Carta 26,* OC IV, 162-163.

perfectos–, acoger del mismo Cristo una dinámica que nos libera de nuestra tendencia a volvernos sobre nosotros mismos. Sin duda, como hemos dicho reiteradamente, el cielo es referencia y esperanza; pero Ávila advertía que, en este camino de purificación del amor, pensar en el cielo podía convertirse en propio interés, contrario a la perfecta caridad; es decir, nos podría llevar a servir al Señor "por retribución". Por eso, decía: "Si quisiéredes alguna vez ponerle a vuestra ánima delante el premio que la han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla a buen obrar, no sea este el último fin, sino querer servir al Señor"[71].

Así, Ávila distinguía la esperanza cristiana del propio interés y amor servil. Y defendía también la posibilidad de experimentar en esta vida el gozo del cielo, pues va vinculado a este amor de caridad. Comprendía los argumentos de dificultad, la experiencia de tristeza y tibieza en el alma cuando parece "que en ninguna manera puede entrar en ella alegría". Pero frente a esto, insistía en la caridad como "un *querer*, con que quisiéredes que el Señor fuese en sí quien es", un querer que se puede tener –con la gracia de Dios– aunque el corazón esté seco y triste[72]. No hay que confundir la caridad con el gozo, sino perseverar en la caridad y esperar el gozo como don: "Que el *gozo* que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es *fruto* de Espíritu Santo (cf. Gál 5,22), que se sigue de esta caridad cuando nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse"[73]. La caridad perfecta, en el cielo, va unida al gozo; pero en nuestro caminar hay que distinguir caridad y gozo, porque la tentación consiste en buscar el gozo, la consolación, y así, en definitiva, a uno mismo. Del mismo modo en el amor al prójimo: "el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo; el *gozaros* del bien del prójimo y sentir gran dolor con el pecado que comete, eso es una dádiva del Señor más especial, que la da Él a quien es servido"[74]. El hombre ha de poner, con la gracia de Dios, el *querer* en que consiste la caridad, y Dios da el *gozo* que se le sigue como fruto del Espíritu. Es la experiencia anticipada del cielo.

7. Ser recibido como hijo y participar de la hermosura de Dios

Como hemos señalado, el sentido del cielo en Juan de Ávila es completamente cristológico. Tiene su fundamento en la mediación de Jesucristo y, por tanto, no podemos pensar nuestra entrada en el cielo sin él o fuera de él.

[71] Íd., 163.
[72] Id.
[73] Íd., 164.
[74] Íd.

Inspirándose en Ef 1,3-7, predicaba en Jueves Santo sobre el designio amoroso de la Trinidad: "en aquel secreto de la eterna predestinación, aun antes que el Hijo de Dios se encarnase, fue hecho concierto que, por amor de nuestro Señor Jesucristo, fuesen amados y recebidos por hijos, hechos agradables y amigos los que fuesen hechos hijos espirituales de Él, hermanos, cuerpo y esposa"[75]. Nuestra entrada en el cielo es el cumplimiento de este querer de Dios, realizado por Jesucristo. De ahí que la ascensión misma de Jesucristo sea el comienzo de nuestro subir al cielo: "hoy sube Jesucristo al cielo a tomar la posesión por sí y por ti. [...] Reinando Cristo, reinamos todos con Él"[76].

Esta esperanza transforma el sentido de la vida y de la muerte de aquellos en quienes está verdaderamente viva. La tibieza proviene de no tener esta esperanza y, por el contrario, albergarla da fuerzas para llevar las penalidades con alegría y nos hace fácil servir a Dios; no quiere ofenderle quien cree que, en la hora de la muerte, podrá verle y entrar en su presencia: "Ya sabes que de aquí a poquito te has de morir y ha de enviar Dios a sus ángeles por ti, para sentarte con los príncipes de su gloria"[77].

Ávila no solo predicaba esto en general, sino también lo comunicaba de modo más cercano y personal a quienes habían sufrido pérdidas y a quienes estaban próximos a morir. Así, al consolar a un amigo por el fallecimiento de su hijo, le decía: "No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lo lloréis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría"[78]. A don Antonio de Córdoba, hijo de la marquesa de Priego y jesuita, le escribió cuando supo que estaba cercano su fin, en tono de ánimo y despedida: "vaya enhorabuena a ver a todo el Bien y poseerlo eternalmente". Así como San Francisco llamaba hermana a la muerte, Ávila llamaba bienaventurada su hora:

> "¡Oh, qué bienaventurada hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día, fin de los trabajos, fin de pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad, donde se consuela por los servicios tan imperfectos que acá le hizo! ¡Que acá anda el hombre cosqueando y hambreando con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón, y en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta a lo impedir!"[79].

Y tras invitarle a llamar a Jesús y a María, le exhortaba a morir con Cristo y en su espíritu y le encomendaba a él:

[75] *Sermón 34,* n.24, OC III, 425.
[76] *Sermón 18,* n.25, OC III, 240.
[77] Íd., n.13-14, 234-235.
[78] *Carta 107,* OC IV, 424.
[79] *Carta 145,* OC IV, 499-500.

> "Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte y le reciba en sus brazos salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo a su Padre: *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum* (Lc 23,46). Y espero de su misericordia que será bien recebido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente heredero de Cristo"[80].

Por tanto, morir es un subir al cielo, acompañado de Cristo, en él, para *"ser recibido"* por el Padre, y ser recibido *"como hijo"*: entrar en la experiencia plena de la filiación que Cristo nos dio.

En un *Sermón en la infraoctava del Corpus*[81], evocaba el pasaje de Mt 25 para señalar el valor de las obras de misericordia –"porque dieron de comer al hambriento y de beber al sediento, e hicieron obras semejables..."[82]– como algo que Cristo recibe como hecho a su propia persona. Pero, tras hacer un recorrido por ellas, advertía: "no debe pensar el cristiano que, si va al cielo, va allá porque sus obras solas lo ganen; a cosa ganada va, y por trabajos justísimos". Subrayaba la prioridad de la gracia y la mediación de Cristo:

> "Parécele al humano corazón cosa desproporcionada que un hombrecillo concebido en pecado, lleno de muchas miserias (cf. Sal 50,7; Job 14,1), suba a las alturas del cielo con nombre de hijo de Dios a gozar de Dios como de propia *herencia, limpia, incorruptible, que nunca se marchita,* como dice San Pedro (1Pe 1,4). Mas si consideramos que para que el hombre tan bajo subiese a Dios decendió Dios de los cielos, haciéndose hijo de una mujer, viviendo vida humilde y muriendo en cruz, lugar más bajo que todos los hombres, esforzárase nuestro corazón con toda confianza"[83].

Por último, Ávila expresó con mucha frecuencia la idea de que el cielo suponía la culminación del proceso de *"hermoseamiento"* del alma, es decir, de divinización del hombre; proceso iniciado ya en esta vida y que suponía la acogida de la redención realizada por Cristo, que tomó nuestra fealdad para darnos su hermosura. Esta era una de las líneas de fuerza del *Audi, filia,* pero también lo transmitió en sus sermones. Así, en el *jueves de la Ascensión,* apoyándose en el pasaje de 1Jn 3,1-2, decía a modo de diálogo con los oyentes:

> "–Cuando enhorabuena amanezca nuestro día, *símiles ei erimus. Seremos semejantes a Dios:* Dios hermoso y tú hermoso, Dios poderoso y tú poderoso, Dios bueno y tú bueno, Dios impasible y tú impasible, Dios bienaventurado y

[80] Íd., 501.
[81] *Sermón 43,* OC III, 569-586. Escogió por "tema" Jn 6,52: *"Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.* Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre".
[82] Íd., n. 18, 573.
[83] Íd., n.44, 583.

tú bienaventurado. –¿De dónde nacerá tanto bien? –Porque *veremos a Dios así como es Dios*"[84].

La eucaristía, como sacramento de unión y de amor, realiza de modo singular este proceso; en la comunión se inicia lo que esperamos vivir en el cielo: que, por Cristo, "poseeremos por nuestro el corazón de su Eterno Padre"; la gloria que Él da a su Hijo descenderá a nosotros como miembros suyos, de modo que Él, el Padre, "nos hermosea, nos cura, nos viste y nos mira como a cosa conjuntísima con su unigénito Hijo"[85].

En definitiva, este sentido cristológico de la esperanza del cielo hace que, tener o no esta esperanza, marque la diferencia entre aquellos que han recibido la buena noticia de Jesucristo y quienes, por el contrario, no ven más allá de las cosas terrenas. Esta esperanza nos hace buenos porque, quien la tiene, busca asemejarse a aquel a quien desea y ama: "como Dios es limpio, quiero yo ser limpio; Dios es santo, quiero yo ser santo; Dios es piadoso, quiero yo ser piadoso; Dios manso, quiero yo ser manso"[86]. Quien tiene esta esperanza busca la verdadera caridad, porque ese es el lenguaje que se habla en el cielo. Ama, porque en amar consiste la gloria.

[84] *Sermón 18,* n.16, OC III, 235.
[85] *Sermón 34,* n.30, OC III, 427.
[86] *Sermón 18,* n.17, OC III, 236.

ÍNDICE

Introducción
María del Mar Graña Cid 13

Los autores 29

LOS MARCOS DE INTERPRETACIÓN

Los primeros viajes al cielo. Recorrido por el Medio Oriente antiguo
Marta García Fernández 37

El cielo en San Agustín
Marie-Anne Vannier 59

INSTRUMENTOS DE COMUNICACIÓN CIELO-TIERRA

"La liturgia presupone el cielo abierto". La dimensión escatológica de la liturgia en J. Ratzinger
Lino Emilio Díez Valladares 69

"A realibus ad realiora". La frontera de la visión celeste en el arte y en la mística según Pável Florenski y Viacheslav Ivánov
Francisco José López Sáez 89

EL CIELO DE LOS MÍSTICOS

El beso del cielo, según Matilde de Magdeburgo
Silvia Bara Bancel 115

El cielo anticipado: mística y poesía en San Juan de la Cruz
Juan Antonio Marcos 139

Isabel de la Trinidad: el cielo de Dios en el alma del hombre
María Dolores López Guzmán 159

"Un abrirse el cielo sobre la tierra". Adrienne von Speyr: vigía del misterio
Nurya Martínez-Gayol 183

EL CIELO DE LOS PROFETAS Y REFORMADORES

El cielo no puede esperar. San Justino milenarista ("Diálogo con el judío Trifón" 80-81)
Fernando Rivas Rebaque 211

Un lugar para las mujeres. Utopía celestial y transformación en Juana de la Cruz
María del Mar Graña Cid 235

El cielo en la predicación y el acompañamiento espiritual de San Juan de Ávila
María Jesús Fernández Cordero 257

Encarnación y gloria. La arquitectura ignaciana del cielo
José García de Castro Valdés 281

La venerable Serafina Andrea Bonastre (1571-1649) y sus visiones acústicas del cielo
Henar Pizarro Llorente 303

EL CIELO REPRESENTADO

Notas sobre las coordenadas del cielo en el siglo VII
Angelo Valastro Canale 319

El arco iris como trono celeste en el arte románico europeo
Alfons Puigarnau Torelló 333

La Anunciación con santos y profetas *de Taddeo y Federico Zuccari (Roma, 1566). Fuentes, dibujos, grabados y copias. La representación del empíreo*
Macarena Moralejo Ortega 361

Las madres bíblicas y su interpretación como "ángeles del hogar" en el siglo XIX. Eva, la madre de Moisés y la madre del hijo pródigo
Carmen Yebra Rovira 381

El cielo en el suelo: de la monocromía a la eternidad
Rafael Jackson-Martín 401

Umbrales entre cielo y tierra. Espacios litúrgicos contemporáneos
Bert Daelemans 419

Otra vida, otra muerte, otro cielo. El camino de salvación en la serie Perdidos
Isabel Romero Tabares 443

Bibliografía citada 463

Índice de materias 495

Índice de nombres 537

Índice de lugares 547